

Hambre Espiritual

“¡Cuan dulce son a mi paladar tus palabras! Mas que la miel a mi boca.” – Salmo 119:103

Con frecuencia se nos parte el corazón cuando oímos acerca de los padecimientos de miles de personas a causa del hambre.

Como nosotros vivimos en países donde hay abundancia de alimentos y la gran parte de las personas están bien nutridas, es muy difícil comprender con profundidad como decenas de miles de personas mueren por falta de comida.

Los que son víctimas del hambre sienten (al principio) un deseo insaciable de comer acompañado de dolor en el estomago y vientre. Al pasar el tiempo el cuerpo se debilita y con la mente aturdida el deseo de comer se van desvaneciendo. Cuando las personas se están realmente muriendo de hambre no tienen deseos de comida aunque se la sirvan. A menudo, las personas que ayudan a remediar el hambre tienen que utilizar métodos para reavivar el sentido del hambre en aquellas personas que están tratando.

El hambre espiritual sigue un proceso muy similar. Si hemos estado alimentándonos con regularidad de la Palabra de Dios, es normal que nos sintamos “hambrientos” si, por el motivo que sea, dejamos de hacerlo. Pero si continuamos sin hacerlo llegaremos a perder todo el deseo de alimentarnos a través de las escrituras.

Así pues, creo que nos podríamos hacer un gran favor si recapacitamos y nos hiciéramos las siguientes preguntas:

¿Cuánto tiempo hace que no leemos la Biblia?

¿Echamos de menos la Palabra de Dios?

¿Podemos decir (como el salmista): “¡Cuan dulces a mi paladar son tus palabras!”?

Reflexionemos por un momento: Si hay cualquier cosa que nos calme nuestro apetito más que la Palabra de Dios... Sonemos la bocina de ALARMA y vayamos al Padre en oración para rogarle que nos reavive en el apetito por Su Palabra.

Evitemos a toda costa el HAMBRE ESPIRITUAL

- MM
9 diciembre 2009